

LA PRIMERA MISA

POR

JOSE ANTONIO

P O R A . M A C I A S E R R A N O

La primera misa por José Antonio Primo de Rivera, Fundador de F. E., se celebró en Madrid, mediada la mañana del 21 de noviembre de 1936,

en un palacete de la Castellana, entonces sede de la Embajada argentina. El hecho se realizó por razón de la noticia de su fusilamiento el día anterior, en la Cárcel Provincial de Alicante. Llegó la relación del suceso del propio Ministerio de Estado, por medio del señor don Edgardo Pérez Quesada, encargado de Negocios en funciones de embajador del Gobierno argentino en aquella España partida por la guerra.

Inmediatamente, tan sólo entre algunos refugiados cundió la triste novedad. Unos creyeron en ella, otros dudaron. Pero todos estimaron, ante su procedencia, que la humana existencia del Fundador estaba amenazada. Y por su vida, muerte y pasión de España, acordaron orar en común y por él a través del Sacrificio de la Santa Misa. Decidieron el propósito, principalmente, don Cristóbal Carbajal Colón, el comandante de Artillería Joaquín de Cárdenas Llavaneras y los camaradas César Agosti y Joaquín Ortiz, entonces refugiados bajo el pabellón azul y blanco.

En una amplia habitación trasera, con grandes ventanas a un patio interior, Cristina de Infantado preparó el altar.

Entre el pequeño mundo de refugiados de la Embajada también estaba un sacerdote castrense, el padre Adolfo Suárez, que en tiempos ejerció su sagrado ministerio en la Legión.

A él le correspondió el intenso momento de abrir las puertas del Cielo para que las primeras preces colectivas de los fieles llegaran hasta Dios, para rogar por José Antonio, el César mozo de España, cuando su cuerpo evidentemente había sido soterrado, y con él, brotadas al conjuro de las balas, las rosas

de su sangre, estigmas de la victoria que la esencia de su doctrina de lucha, creación y contenido nacional de valor universo había de consagrar.

Oyeron la misa Emilio Torres, Joaquín Rovira Vidal, José Antonio del Moral Sanjurjo, José Vélez de Medrano, Javier Villegas, José Campúa, Jacinto Miquelarena, además de los citados, excepto Cristina de Infantado. Como dato curioso se consigna que no asistió ninguna mujer. Los demás refugiados, entre otros Francisco y Manuel Casares y To-

más Chavarri, supieron del acto una vez realizado. Ricardo Zamora, inquieto y audaz, oteó desde la puerta de la improvisada capilla.

Esta misa, sentida y sencillísima, muy abierta a la emoción, fué el primer acto religioso por el alma de José Antonio. Dicha al amparo y casi a escondidas de la principal autoridad de la ficción territorial que es toda Embajada, y oída por unos hombres amenazados de muerte, desgajados de sus hogares y familias, con el alma desnuda de carne y sintiendo a España, en aquellos momentos tomaría el sentido pasional, erecto, difícil y logrado con que se perfila lo personal de José Antonio.

Para toda España dividida y aun para el mundo, el acto pasó inadvertido, y quizá, por ello y la fuerza total de esta oración fué José Antonio el Ausente, por estar presente ante Dios.

Después se supo su muerte; pero ungida con halo de inmortalidad y salmos de Victoria, voz de campana, rugido de cañón y abiertos sus Códigos a la vida española, haciéndola soñadora de sus sueños, prodigio de estilo, poética política y en transparencia con un orden nuevo y perfecto.

Así nos llegó. Como después de ganar, ante los ojos infinitos de Dios por siempre y para siempre, el puesto de primer presente en los destinos perdurables de España.

